

EL CANGREJO NACIONALISTA

España se estremece agitada por un sinfín de polémicas identitarias desencadenadas por la ola de reformas estatutarias impulsada por la frívola insensatez de un Gobierno socialista más pendiente de la aniquilación de su principal adversario electoral que de los intereses generales de la Nación. Jueces obligados a hablar lenguas distintas a la común, ríos que cruzan la península cortados a pedazos autonómicos, exigencias de financiación por parte de determinados territorios que limitan la soberanía de las Cortes para preparar y aprobar los presupuestos generales, tablas de derechos y deberes que varían con la longitud y la latitud en el interior de un espacio constitucional común, ignorancia de una historia milenaria forjada con la contribución de todos, disparate sobre disparate, delirio sobre delirio, idiotez sobre idiotez. Un ansia incontrolada de erección de nuevas nacioncillas dotadas de sus propios mini-Estados a cargo de elites políticas locales aldeanas y voraces en detrimento de las reglas elementales de la eficacia y de la buena administración, se extiende como un incendio imparable no sólo en las Comunidades donde los nacionalistas son hegemónicos, sino en el seno de los dos grandes partidos nacionales, cuyos barones regionales cabalgan arrogantes e imponen su férula particularista a unos órganos centrales pusilánimes y desorientados. Un cuadro desolador que hace que se oigan de nuevo los atormentados versos de nuestro gran clásico del Siglo de Oro: “Miré los muros de la patria mía, si un tiempo fuertes, ya desmoronados...”

Un debate irritante, fatigoso, estéril, impermeable al dato o al argumento, arrastrado por las bajas pasiones, manchado por el odio, lastrado por la cobardía, envilecido por la codicia. Pero, además, un fenómeno suicidamente ajeno a la evolución de la realidad exterior, inexplicablemente contrario al signo de los tiempos, como si hubiésemos regresado a épocas infaustas de nuestro pasado en las que España, indiferente a los progresos de la modernidad, se lamía sus heridas incapaz de sacudir su orgullosa indolencia. Basta echar una mirada a la Europa surgida de la caída del imperio soviético para advertir que nuestros nacionalistas yerran el tiro escandalosamente. El conjunto de naciones independientes surgidas de la desaparición del socialismo real en el Este de nuestro continente se han apresurado a llamar impacientes a la puerta de la Unión Europea, sabedoras por su experiencia histórica como componentes del Imperio Austro-húngaro primero y del Pacto de Varsovia después, que sólo el paraguas de una organización supranacional basada en valores universales capaces de apaciguar sus demonios familiares étnicos y

lingüísticos, las salvaría de reproducir las luchas sangrientas que tanto sufrimiento les habían causado desde el siglo XIX hasta la Segunda Gran Guerra. Y qué decir de los países balcánicos, ese horno infernal de limpiezas étnicas y rencores tribales inextinguibles, que también ha puesto sus mejores esperanzas en Bruselas, deseosos de formar parte un día de una comunidad amasada con la democracia, la libertad y el pluralismo como ingredientes esenciales, limpios para siempre de irredentismos, de mitos originarios y del cultivo obsesivo de antiguos agravios. Pero nuestros Carod, Ibarretxe, Quintana, Otegui y cohortes de seguidores fanáticos, insensibles a las lecciones de la realidad, reman en dirección opuesta al resto de Europa, permanentemente atareados en avivar rescoldos extinguidos, en dividir lo unido, en exacerbar las diferencias, en debilitar a la Nación gracias a la cual todavía contamos -también ellos- en la escena internacional.

Estos profesionales del enfrentamiento y de la separación deberían saber que viven en un planeta globalizado en el que incluso los Estados-Nación europeos grandes, asentados y fuertes, Francia, Italia, Alemania, Reino Unido, España, están inermes frente a fuerzas transnacionales de todo orden, comerciales, financieras, sociales, que saltan sobre las fronteras, que sortejan las legislaciones nacionales y que juegan con los Gobiernos como un niño con su saquito de canicas. ¿O es que tan preclaros próceres nacionalistas no se han enterado de la existencia de cosas tales como los grupos empresariales globales, que extienden sus tentáculos a los cinco continentes ejerciendo un poder que rebasa cualquier otro poder, o de los paraísos fiscales, pequeños pseudo-Estados depósitos de ingentes masas de dinero fuera del alcance de las autoridades nacionales, o de organizaciones terroristas inasibles y ubicuas, que en el momento menos esperado pueden causar una catástrofe de dimensiones bíblicas, o de flujos migratorios incontenibles, que en España sin ir más lejos han multiplicado en siete años por cuatro el número de extranjeros residentes? Habrá que preguntarles a estos líderes provincianos y miopes si creen que una España cohesionada, sólidamente apoyada en una ciudadanía identificada con ambiciosos objetivos comunes y que actúe frente al resto del orbe con una sola voz y una única voluntad, es más apta para vencer las amenazas derivadas de la globalización y para aprovechar sus oportunidades, que la débil y descoyuntada confederación que persiguen sin desmayo desde hace décadas.

Las ideas y emociones que originaron los nacionalismos identitarios de corte romántico en el siglo XIX carecen de aplicabilidad en el siglo XXI porque la miríada de Estaditos que alumbrarían serían enanos políticos y económicos completamente inermes ante el vendaval de la globalización.

Nadie en su sano juicio puede creer que una Cataluña, una Galicia o un País Vasco independientes y segregados de España estarían más preparados para combatir el crimen organizado transfronterizo, la inmigración ilegal, la deslocalización de las multinacionales o los grupos terroristas dotados de la tecnología para preparar una bomba radiactiva sucia o una sofisticada bomba genética. Sólo una pandilla de políticos de pacotilla ansiosos de pavonearse como cabeza de ratón sacrificarían el bienestar de los votantes a los que manipulan mediante engaños y apelaciones emocionales primarias, a su mezquina ansia de poltrona.

El Estado nacional clásico ha perdido vigencia en un panorama internacional en el que las finanzas del treinta por ciento de los Estados son manejadas por el Fondo Monetario Internacional, el ochenta por ciento de las normas económicas de los Estados Miembros de la Unión Europea son elaboradas a nivel comunitario y la defensa de los países más poderosos y ricos de la tierra está confiada a una Alianza supranacional. Sin embargo, eso no significa que no necesitemos Estados fuertes en disposición de atender eficazmente servicios públicos básicos, de proteger derechos y libertades de los individuos, de garantizar un correcto y eficiente funcionamiento de los mercados, de asegurar una distribución justa de la riqueza y de recaudar los impuestos que permitan cumplir estos objetivos irrenunciables. Las funciones tradicionales del Estado-Nación se han difuminado, pero su papel sigue siendo clave. El Estado nacional del siglo XXI se desnacionaliza y se transnacionaliza, pero no desaparece. El “Estado cosmopolita” del que habla Ulrich Beck es distinto al creado por Cánovas, Bismarck y Cavour, lo que no significa que no represente una pieza determinante en el nuevo orden global. Por eso, los arquitectos de micronaciones rabiosamente excluyentes sedientos de competencias “blindadas” se sitúan en una ensoñación improductiva. Mientras ellos caminan marcha atrás, la Historia galopa hacia delante a lomos de la revolución tecnológica y de la paulatina gestación de una ciudadanía que no reconoce fronteras. El cangrejo nacionalista amenaza con sus pinzas trituradoras de la libertad y de los derechos fundamentales, pero su inevitable retroceso le conduce al frío osario de las ideologías fracasadas.

Aleix Vidal-Quadras